

En su vida y martirio se ofrece a los ojos el dato siguiente, a saber, que no pasa día que no tomase en la mano y leyere el Santo Obispo discípulo las obras de su maestro. Y el eruditísimo Doctor San Jerónimo, enemigo de todo linaje de herejes y de herejías, declara que el santo mártir discípulo, siempre que pedía algún tratado del insigne Tertuliano, lo hacía diciendo: "Dadme a mi maestro". Lo cual muy frecuentemente ponía por obra. Todo ello sirve para responder a quienes aseguran haber perdido en gran manera autoridad los libros del célebre apologista con su caída. Porque si tal fuera realidad, no preciara tanto San Cipriano en llamarse siempre discípulo y usar con mucha frecuencia los escritos del entonces montanista Tertuliano. Con la particularidad de que en tan remotos siglos se recataban, hasta con exageración, de comunicar poco ni mucho del trato con los herejes. El mundo moderno es harto menos escrupuloso. De triste moda hoy en día está la tolerancia para el error y el mal, reprobada ya y condenada por la Iglesia de Dios.

Muy acertadamente discurre el citado Obispo Manero cuando recuerda a la sociedad actual, cómo San Juan Evangelista no quiso ni siquiera lavarse en el río donde un hereje se había bañado. Sin embargo, San Cipriano usaba y tomaba en manos para estudiar, los libros de Terruliano; razón para sospechar que la caída no había arraigado tan profundamente

como otras, y ser muy bien fundadas las esperanzas de pronta resurrección. Como remate de este capítulo deben quedar aquí dos hechos, ambos sabidos de todo el mundo: primero, que nuestro apologista, por manera deplorable, se tornó de discípulo de Roma, nobleza grande para el sesudo y buen católico, en discípulo abyecto y mísero de Montano, descenso loco y deplorable; el segundo, que fué maestro y director intelectual y aun moral del Santo mártir Cipriano, Obispo sapientísimo de Cartago; hecho honroso y altamente laudable en la vida de Quintio Septimio Tertuliano.

XV

En la herejía de Montano y los montanistas, como en la historia de todos los cismas y las herejías, hay mucho que estudiar. Así se explica cómo los Santos Padres y sabios católicos no creyeron perder el tiempo en escribir y declarar a los fieles la contumacia, tenacidad, las argucias, mañas garduñeras de los heresiarcas, atentos odores del diablo. No creyeron perderlo, sino ganarlo San Irineo, San Epifanio, San Agustín, y en nuestros días San Alfonso María de Ligorio y cien otros, que sería interminable negocio citarlos. Pero conviene mucho recordar que la herejía de Montano en su comienzo o nacimiento nadie la conoció, ni rechazó, sino que fué aceptada por todos los fieles, buenos y malos; no como error, sino porque

todos sus adeptos ayunaban, predicaban doctrina sana, sin jamás decir palabra contra la fe, siempre mortificados, modestos, humildes y en tanta compostura que todo el mundo los creyó y tuvo por verdaderos oráculos, por gente digna de imitación.

Claro está; con tal apariencia de piedad austera engañaron a muchos, y pudieron pescar en sus redes, no digo a los muy santos y sabios, sino al mismo romano Pontífice Aniceto, que tomándolos por agrupación sin mancha ni error les concedió lo que entonces llamaban *Letras de Paz*, como el mismo Tertuliano escribió en el primer capítulo de su libro contra Praxeas. Después, por sus ayunos, mortificación, oración, predicaciones y milagros, tenidos sin duda alguna por verdaderos pasados diez años, y aun antes, comenzaron algunos varones sabios y prudentes a ver algo anómalo en las ceremonias de los seguidores discípulos de Montano. Al principio de este segundo período de la herejía, hasta entonces de todo punto velada, los juicios de los centineias de Israel fueron caritativamente secretos y privados; pero dudando ya de sus mortificaciones y doctrina. Mas, pasados ya cerca de diez años, en superior concepto y buena fama, mostraron sin velo el rostro, y fueron declarados abiertamente secta falsa. Y como al principio eran considerados como santos penitentes y muy austeros, fué harto difícil persuadir al pueblo fiel de las heréticas manchas que los Prelados

al fin descubrieron en su proceder y ceremonias.

Ahora que lo indudable es cómo la secta de Montano, con sus dos profetisas seguidoras de sus errores, Prisca y Maximila, fué condenada por herética y fueron todos los montanistas arrojados fuera de la Iglesia. De lo cual no permite dudar el celebrado Claudio Apolinar, contemporáneo y refutador de la secta, quien en una de sus famosas epístolas escribía lo siguiente: "Los Obispos de Asia se congregaron para examinar la doctrina, hallándola detestable y profana; y después de varias diligencias fueron los montanistas echados de la Iglesia y privados de la comunión de los fieles". Versión del reverendísimo Manero. *Defensor de las iglesias* llamó nuestro Tertuliano al famoso Milciades en el libro que escribió catorce años después de muerta la profetisa Maximila, en el cual dijo así: "Conocido fué Montano por falso profeta, atrevido y desvergonzado, y al fin expelido de la comunión de los fieles". Lo mismo, poco más poco menos, escribieron por aquellos mismos días Serapión, Apolonio y otros. Algo rara cosa es que estos tan remotos escritores nada ofrecen de la caída, ni reducción de Tertuliano, y ni siquiera Eusebio: Alfonso de Castro lo cita como autoridad contra el consabido heresiarca.

Resístense algunos a creer que el Sumo Pontífice Aniceto haya tenido por penitente austero y bueno al heterodoxo Montano, con

sus admiradores y secuaces; era creencia general, pero el mismo Tertuliano abiertamente lo declara. Con efecto, en el libro contra Praxeas escribió estas palabras que ahora siguen: **El Pontífice romano revocó las Letras de la Paz,* que al principio les había otorgado, según queda dicho más arriba. Y es evidente que si el consabido Padre Santo dió un día a los montanistas las *Letras de Paz*, habrá sido de seguro por no ver, ni quizá existir entonces en la doctrina cosa alguna contraria a la fe católica; y manifiesto asimismo es que si más tarde hubo de revocar las dichas *Letras de Paz*, señal es clarísima que lo visto al principio como bueno, mejor examinado luego, después considerado, fué digno de reprobación y anatema. En su origen creído bueno; años más tarde, malo y condenado.

XVI

Es propio del error: dividirse y nunca llamar pan al pan, ni vino al vino. No faltó esta regla en la secta de Montano: se dividió en montanistas y catafriguistas; los seguidores fieles de Montano, y los en algo separatistas llamados *Catafrigas*, abiertamente entre otros errores, negaron y combatieron contra nuestra Santa Madre la Iglesia las segundas nupcias. Como tal doctrina era del agrado de nuestro apologista, la defendió y se unió a los catafrigas; testificalo San Agustín en sus tratados *Los*

herejes (Haeres, 86), y por eso, porque el Papa Zeferino, lo anatematizó. Pero consta por testimonio del mismo santo doctor que se apartó de ellos, reconociendo el extravío. "También luego después Tertuliano hubo de separarse de los catafrigas,,. Dijo el Obispo de Hipona con estas mismas palabras: "*Post modum etiam a kata-Frigis divisus est*,,. Ahora que luego añade lo siguiente: "Separado Tertuliano de los catafrigas, hizo propio conventículo,,. De donde parece seguirse que se aportó de un error para caer en otro, o, quizá, inventar nuevos dogmas.

Pero si esto fuera así no los callaría el Santo Doctor o algún otro Santo Padre; mas ni la Iglesia ni otro apologista o Santo Padre los refutó. Si el conventículo de referencia hubiera sido nuevo dogma contrario a la fe católica, anatematizado sería al punto por los Concilios y la Iglesia; y el caso es que por ninguna parte asoma tal anatema o condenación. Antes bien, no pocos años después el doctísimo San Epifanio refutaba con la pluma no menos de ochenta herejías habidas hasta su tiempo, y notan los sabios críticos actuales que no señala entre ellas el conventículo de Tertuliano, ni siquiera le pone en las filas mentanistas. Por de pronto consta por la grave autoridad de San Agustín que Tertuliano, vista la doctrina catafrigista no conforme con el Evangelio, se apartó de la secta, y, sin duda, no murió en ella; y háse de tener en cuenta que las teorías hereti-

cales de los montanistas y de los catafrigas eran casi la misma, y sólo el nombre de estos últimos tenía relación en su gente con la Frigia.

Recuerdan aún algunos que el Papa Gelasio, en una Decretal, intitula apócrifos y prohíbe los libros de Tertuliano, y esto es verdad; pero también lo es que no a todos alcanza la prohibición, sino a los compuestos durante su vida con Montano. Sabido es que por el Romano Pontífice Gelasio, en el Concilio que tuvo en Roma, fueron señalados los libros que no se podían leer; nombró el Papa los *Opuscula Tertuliani apócrifa*, es decir, que no fueron todos, sino los *apócrifa*, o, como opina San Jerónimo, los no católicos. No dijo Su Santidad que los prohibía todos, como se expresó señalando *todos* los de Celso, sino los *apócrifos* de Fausto y de Tertuliano, los de Montano y Clemente Alejandrino. Y obsérvese detenidamente que cuando Su Santidad, en el sobredicho Concilio fulminó la correspondiente censura, no ya sobre las obras, sino sobre sus autores, es decir, contra personas, reprobándolas y excomulgándolas como herejes, cita *nominatim* a Fausto y a Montano; pero no toca para nada a Tertuliano ni a Clemente Alejandrino. Lo cual no deja de ser significativo, dado el año 490, si Tertuliano hubiera muerto en la herejía; porque ni a Orígenes perdona allí Gelasio, sino que le llama cismático. Lo cierto es que tal distinción habla sola.

Nueva dificultad: refiere San Agustín haber entregado en su tiempo los tertulianistas su templo a la Iglesia Católica. Si, pues, entonces se convirtieron desengañados, hasta la tal fecha estuvieron en el error o la herejía, lo cual es indudable; pero de todo ello nada arguye contra Tertuliano, que pudo mucho antes haberse tornado al aprisco divino, sin deberse olvidar aquellas inolvidables palabras de nuestro Doctor San Isidoro, cuando dijo: "Los tertulianistas inventaron errores que jamás Tertuliano defendió". Y punto es el susodicho que no pocas veces ha tenido lugar entre los cristianos. Redúcese todo esto a cuestión de nombre, que si en la cabeza es honroso y celebrado, consérvanlo, naturalmente, los miembros. Pongamos sino ahora lo que sucedió a Lucifero de quien dejó escrito el penitente y sapientísimo Doctor San Jerónimo: "Nada de lo que los maladicentes oponen al bienaventurado Lucifero se puede creer. Continuamente diré que, aunque los luciferianos defienden grandes blasfemias, el Obispo, no en las cosas, sino en el nombre o las palabras, se diferencia de nosotros.

Así muy bien pudo suceder con Tertuliano, quien pudo decir y escribir sentencias más o menos seguras, convertidas después por sus llamados discípulos en herejías por él mismo detestadas. Nada significa, pues, contra Tertuliano el dicho de San Jerónimo y San Isidoro, llamando herejes a los tertulianistas, porque los sectarios suelen delinquir más tarde en mil

puntos en que ni pensó ni erró el dogmatista o jefe de ellos. El mismo Tertuliano, antes de su caída por demasiado celo, escribió estas palabras: "Los Valentinianos andan tan apartados de su origen que no tienen de Valentino sino el nombre."

XVII

Y Puesto que mediante *El Siglo Futuro* dicho fué a sus lectores, no tan pocos ni tan mínimos como muchos creen, haber caído en la sima del Montanismo, justo es también que el mismo diario católico les declare y ponga delante las razones, no pocas tampoco, ni ligeras, que existen para creer haberse reconocido y vuelto al infalible santuario que en mala hora por demasiado celo había dejado. Por lo pronto consta, y es punto histórico muy de todos conocido, que condenada la secta de los Kata-frigas por el Papa San Ceferino, nuestro celeberrimo apolo-gista, que figuraba en ella, la abandonó, según lo refiere San Agustín (Haeres., 86) con estas mismas palabras: "*Postmodum etiam Tertu-llianus a Kata-Frigis divisus est.*" Debiendo recordarse que Tertuliano honró con su persona tal secta por exceso de amor a la virtud de la pureza, porque defendíase allí ser ilícitas las segundas nupcias.

Como se ve, tan presto apartamiento de la reprobada secta es favorable y no poco a nues-tro africano orador. Y precisamente por lo mucho que todo ello arguye en favor de la

vuelta del incomparable apologista al inefable templo de la verdad, hase de nuevo repetido aquí; tal separación sirve para que claramente conste la buena fe y el demasiado celo en pro de la virtud de este sobredicho africano. Porque, tanto sus discípulos, y entre ellos San Cipriano, en los primeros siglos de la Iglesia, como Pamelio y otros críticos en los modernos, convienen en que Tertuliano, siendo firme y duro en el ataque, era blando y demasiado sencillo y crédulo tratándose de inspiraciones y visiones, no siempre ciertas y dignas de razonable fe. *Loca de casa* apellidaba Santa Teresa a nuestra imaginación, y algo de ello debió tener la del célebre presbítero de Cartago. No faltan historiadores graves que opinen ser efecto de las falsas visiones de las famosas profetisas Priscila y Maximila, afectas y encomiadoras de la secta de Montano. En todas sus obras, como filósofo cristiano puro, había defendido Tertuliano la manifiesta y natural verdad de ser el alma humana *sustancia subsistente espiritual*. Tal ha predicado y defendido siempre la verdadera y cristiana Filosofía contra todo linaje de sectarios materialistas.

si Pues bien; ahora ha sido suficiente al gran defensor de la espiritualidad e inmortalidad de nuestras almas la visión o falsa inspiración de la profetisa Maximila, constante propagadora del montanismo, para sospechar, a lo menos durante algún tiempo, la posibilidad de un alma humana corpórea. Como teólogo y filósofo fué

defensor acérrimo de la consabida verdad, hasta entre los llamados filósofos gentiles; y sólo la credulidad poco reflexiva de Tertuliano le hizo titubear, dando asenso a la falsa inspiración de la montanista Maximila. Todo lo cual que parece increíble, refiere él mismo, autor de tantos y tan profundos escritos, en su libro *De ánima*, capítulo IX. "Hay ahora entre nosotros—dice—una hermana favorecida con sobrenaturales gracias y divinas revelaciones que recibe en espíritu, estando en éxtasis mientras se celebran en los domingos los divinos oficios; la cual hermana conversa con los ángeles y algunas veces con el Señor, y ve y oye grandes misterios y los secretos del corazón de algunos, y promete a otros, que lo desean, remedios para sus enfermedades,„. La versión, que es de Manero, cotejada con el original, resulta fiel y muy conforme. Y tamaño elogio simple de una mujercilla no fué de Tertuliano solamente, sino al principio fué de todo el mundo. Los ayunos, las penitencias, la oración continua y otras virtudes, fingidas o verdaderas, influyeron notablemente en el ánimo del vulgo y aun de los santos y sabios.

Tan íntegro y tan sabio el susodicho apolo-gista continúa allí mismo refiriendo las llama-das inspiraciones de la Maximila, diciendo: "De las Escrituras Sagradas que se leen en la Iglesia, de los Salmos que se cantan... toma la materia de las visiones de su espíritu. Entre otras, dice ella, se me ha mostrado el alma

corporalmente que parecía espíritu y no de cualidad aérea, vacía, sino una cosa que se le podía tocar... Esta es la visión: Dios es testigo y el Apóstol idóneo fiador, y dijo que en los futuros tiempos había de haber en la Iglesia dones, gracias y dádivas espirituales.»

A todo ello muy cuerdamente añade el Obispo Manero: "Por tal testimonio de tanta falibilidad dicho por una mujer flaquísima, mudó la verdadera sentencia en un error el hombre de mayor ingenio, el capitán de más fervoroso celo contra los herejes que se han conocido en la milicia cristiana. Enfurecióse, pues, en lo que parecía constancia; enternecióse en lo que parecía piedad; la austeridad le hizo relajado; la blandura fácil; la vista, ciego; la ciencia, miserable,». Después de todo sigamos inquiriendo lo que es muy probable: haber tornado a la casa paterna, a la Iglesia de Dios.

XVIII

Creo haber declarado en los capítulos anteriores cuáles y cuántos fueron los errores defendidos por Tertuliano después de abrazar el montanismo, que al principio, durante algunos años, se le consideró inocente, o, al parecer, fué descubierta su malicia. En el montanismo, después de varios años, se vió que reprobaba las segundas nupcias, que nuestra Santa Madre la Iglesia aprobaba y defendía; que la misma Santa Iglesia no podía perdonar ciertos pe-

cados enormes, atroces, cuando es consolador y sabido que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, no puso límites ni linderos a la potestad de perdonar pecados al pecador contrito y arrepentido; que los cristianos fieles no podían huir la muerte o el martirio en tiempo de las tiránicas persecuciones de los bárbaros emperadores romanos.

Todas las cuales teorías erróneas con los demás errores, eran simpáticas al excesivo celo de Tertuliano; y sin duda, a lo menos durante algún tiempo, olvidó aquéllo tan repetido por nuestros antepasados, a saber: que nadie puede ni debe ser *más papista que el Papa*. Solamente al Papa San Pedro entregó Jesucristo la facultad ilimitada, absoluta, de perdonar todo linaje de pecados, y en San Pedro a todos los sucesores suyos que sean, mientras el mundo sea mundo. Lo cual no impide dirigir nuestras miradas a la Divina Misericordia y le supliquemos considerar lo mejor que nadie tendrá en cuenta y muy presente; esto es: que el Presbítero de Cartago, Tertuliano, martillo de herejes, erró con pertinacia, no por procurarse mesa de más abundantes y dulces pastos, o, lo que es lo mismo, no por mejor comer, sino precisamente por todo lo contrario: por ayunar. Ni le arrastró tampoco la bestial pasión de la carne en el seguir las teorías falsas de Montano; antes fué precisamente buscando todo lo contrario, esto es, caminos que le condujeran a la limpia región de la castidad. Ya

se sabe; cuán mal mirados eran en aquellos días los llamados *Lapsos*, es decir, quienes por salvar esta vida fugaz y mísera huían el martirio, perdiendo con ello la eterna, que nunca termina. Pues bien; no por miedo a los tormentos abrazó Tertuliano el montanismo, sino buscándolos, y prefiriendo de corazón y siempre la muerte por Cristo. Todas las cuales teorías, por manera vana o positiva, se ostentaban en las inseguras iglesias de Montano. Es decir, que ni por comer, ni por gozar bestialmente, ni por miedo al martirio, dejó Tertuliano el seguro templo de Dios por el inseguro del montanismo.

El mismo gran apologista, en su famoso libro *De Carne Christi*, capítulo 15, solía escribir que entre gentiles y herejes hay la diferencia de que los primeros, no creyendo, creen, esto es, que no teniendo fe ninguna en los ídolos y dando asenso a la Iglesia de Cristo, no creyendo, creían; mientras que los segundos, los herejes, amando mentiras, inventos de hombres, creyendo, no creen; creyendo errores dejan de creer la verdad pura del Señor, manifiesta en su Evangelio y en la tradición. En todo ello, y cuanto queda declarado en alabanzas del sabio Presbítero de Cartago, no se ha de tomar como apasionada defensa suya, sino que con la realidad histórica se debe confesar cómo a pesar de los pesares y de su mucho saber, prevaricó y se opuso *tenazmente* al divino mandato, a la Divina Escritura; como que se

puso frente al infalible y universal juicio de la Santa Madre Iglesia Apostólica Romana. La historia llama siempre pan al pan y vino al vino. Bien mirado y estudiado el punto, aparece Tertuliano víctima de error no casual, sino muy pensado. Anda aquí por medio la demasiada confianza en su ciencia y también, sin duda, la manera mejor de servir a Dios.

Pero no se pierda de vista que la Iglesia no amaba, sino que reprobó los ayunos y abstinencias de Montano y sus Priscilas. Esto, por ventura, o mejor dicho, desventura, no pensó bastante nuestro insigne apologista. Nadie vió al principio cómo el heresiarca Montano se constituyó a sí mismo en autoridad universal de la Iglesia con poderes fingidos de obligar a los fieles a obedecer sus invenciones, y creyéndose el Paráclito, Espíritu del Padre y del Hijo prometido por Jesucristo para consuelo de sus tristísimos discípulos y sostén perenne de la Iglesia. Pues ni Tertuliano, ni mucho menos otros linceos vieron tal en los ayunos y abstinencias de Montano. Oración, ayunos y penitencias quiere la Iglesia de Cristo, pero no vanos inventos de los hombres.

XIX

Lloremos, sí, la caída de que se levantó Tertuliano; con no robustos fundamentos la afirman unos, y con no bastantemente fuertes y harto débiles la niegan otros.

La duda del Obispo Manero parece ofrecerse por demás tímida y exagerada. Entre los firmantes aparece Regino en su *Historia de Alemania* llamándole mártir, que, por cierto, no murió tal. Precipitadamente e impávido lo ofrece vuelto y reducido Gilberto Genebrardo en su *Cronicón* (folio 392). Con buena probabilidad lo asegura Jacobo Gualterio, por fundarse en las palabras de San Paciano, quien combatiendo al montanista Simprotiano, escribió lo siguiente:

“Tertuliano, *después de la herejía*, siendo ya manifiestamente católico, confiesa que la Iglesia puede perdonar todo pecado. Si, pues, tornó a escribir contra la herejía, señal es clarísima que ya no estaba en ella.

Pues Regalcio Nicolás va más allá, suscribiendo que Tertuliano ni siquiera fué defensor de herejías, ni cayó en ellas; porque cuando se fué con Montano nadie tenía a éste por hereje, sino por hombre muy austero; pero es lo cierto que Tertuliano abrazó la rama de los *Katafrigas*, que, indudablemente, fueron condenados por el Papa, aunque también es cierto que, conocida la censura o condenación, Tertuliano se apartó de ellos; cosa que mucho le favorece. Tampoco quiere el célebre Padre Ambianate haber prevaricado nuestro africano apologista, porque “un cristiano, dice, que deseó ser quemado vivo por amor a Jesucristo y por abstinentia, ayunos, caridad y martirio, no puede haber sido excomulgado por hereje. Sin em-

bargo, el Papa San Ceferino lo condenó entre los Katafrigas, de quienes, en vista de ello, se apartó, según ya se dijo.

Otros hay que con razones poco fundadas y menos persuasivas niegan la vuelta de Tertuliano al templo de la verdad, a la infalible y verdadera Iglesia de Dios. Combatiendo San Jerónimo contra Helvidio, dice no haber sido Tertuliano *hombre de la Iglesia*. No sé cómo pudo olvidar el penitente y santo doctor que el africano apologista pasó la vida escribiendo contra los herejes; en provecho y defensa de la Iglesia Católica. Más de una vez se sirvió San Jerónimo de los argumentos del gran apologista para pulverizar el error. Mas caritativo y menos duro se hubo con Tertuliano San Hilario, quien comentando el Evangelio de San Mateo (canon 5.º), dijo: "El subsiguiente error (la caída) disminuyó la autoridad a los libros de Tertuliano". Y esto, en aquellos tiempos, es verdad.

Comentando San Ambrosio una de las Epístolas de San Pablo (I. a los Corintios) dijo cómo Tertuliano y Novaciano fueron ambos varones de mucho saber; pero que por el demasiado celo perdieron la debida consideración que siempre merece la virtud santa de la caridad. Lo cual quiere decir que, siendo discípulos, aunque aprovechados y tan competentes como todos sabemos, quisieron desempeñar papel de maestros. De este mismo parecer se nos ofrece el incomparable y famosísimo Vicente de Le-

rín, quien dice en su *Commonitorio*, cap. 24, esto que sigue: "Tertuliano, algo tenaz de la católica enseñanza, esto es, de la universal y antigua fe y mucho más erudito que feliz, mudando después su parecer, hizo a lo último lo que escribe de él San Hilario, que con el subsiguiente error disminuyó la autoridad a sus escritos probables. Fué también su caída gran tentación en la Iglesia,,. Añade también el diligente Obispo Manero haberse explicado igualmente Nicéforo y otros doctores más modernos.

Pide aquí ahora la mejor imparcialidad asegurar no ser tan cierto, como algunos creen, el silencio de los Padres en no publicar la vuelta al redil de Cristo del célebre apologista y no citar sus obras tanto como antes de caer; pero se nota, y mucho dice en pro de su sinceridad y buena fe, apartarse de los *Katafrigas* tan pronto como por herejes fueron condenados por el Romano Pontífice. Por lo demás, teólogos, filósofos y canonistas, valiéronse siempre, y aun hoy mismo, de los argumentos de Tertuliano para combatir las herejías y los errores de gente impía y liberal. Ahora, que quizá no citar tan frecuentemente sus libros, fué quizá por ser considerados de los timoratos como de menos peso y autoridad; idea no poco generalizada entre los fieles, como arriba queda insinuado.

XX

Con osadía y falsedad supusieron algunos que en muchos siglos no citaron los Padres las obras del celebrado apologista de la Iglesia de Cartago. Los que tal pensaron y propalaron padecieron error, porque en todos los Obispos en aquellos siglos y en los siguientes era respetadísima la autoridad de Tertuliano, y es aquesto tan cierto, que hasta el mismo Eusebio, de tanto peso y fama llegó a decir (his. Eccles. capítulo 2, libr. 2): "Tertuliano, aclamado de todas las iglesias, es celebrado en todas partes." Consultaban sus obras los Prelados y sabios de todos los países de Occidente y también del Oriente; porque no sólo en lenguaje latino, sino en griego, en cuyo idioma, como es sabido, escribió no pocos opúsculos.

Por otra parte, todo el mundo sabe que San Jerónimo publicó, entre sus muchos libros de gran saber y autoridad, el famoso *Catálogo de los herejes*, y hablando de nuestro apologista, se explica así: "Los muchos libros de vehemente ingenio de Tertuliano andan generalmente en manos de los hombres eruditos de la Iglesia." Y, con efecto, no se pueden tomar en las manos las obras de San Cipriano, San Agustín, San Paciano, el mismo San Jerónimo, así en materias dogmáticas como puramente morales, sin frecuentemente hallar argumentos de Tertuliano, citándolos como de Padre antiguo y de gravísimo peso en la Iglesia; y debe-

se añadir aún aquí que San Cipriano y también San Jerónimo toman de Tertuliano capítulos enteros y casi al pie de la letra. Y en esto de la vuelta del gran apologista al verdadero y católico redil, hay que conceder que los Padres de mayor autoridad piensan y discuten de todo punto en favor de Tertuliano.

Decididamente lo están San Cipriano, su discípulo y San Agustín, cuyo testimonio y peso de autoridad merecen preferencia al de todos los demás. La razón es manifiesta: primero por ser ambos africanos, y como vulgarmente decimos, paisanos del apologista, moradores todos tres de la misma provincia. Segundo, porque los tres habitaban la misma ciudad y celebraron en la misma iglesia de Cartago. Y es natural y claro que por tales circunstancias preferido debe ser el testimonio de los dos Santos Padres susodichos al de muchos otros deponentes, en pro o en contra. Muy bien arguye Manero sobre esto, cuando dice: "Del heresiarca Arrio sabía San Atanasio más que San Isidoro, porque el santo diácono del Patriarca Alejandrino disputó con Arrio y con él vivió en la misma iglesia, ciudad y provincia. De todo lo cual no participó poco ni mucho el doctor español.

Pues comenzando por San Cipriano, consta cierto haber existido no menos de veinte años después de muerto Tertuliano, quien dejó este mundo en el de 233, mientras que el santo mártir doctor florecía en 250. [No se comprende,

pues, cómo San Cipriano pudiera aplaudir y tomar en sus santas y episcopales manos los libros de Tertuliano si este apologista incomparable hubiera muerto en la herejía de Montano. Porque pasados veinte años de su muerte, el santo mártir, Doctor de la Iglesia, no solamente aplaude y alaba los libros de Tertuliano, autor admirable del sin igual *Apologético*, que a estas horas no ha podido ni sabido contestar el Senado romano, sino que no dejó pasar un día sin estudiar en ellos, preciándose pública y privadamente de llamarse a boca llena discípulo suyo, hasta el punto de referirnos S. Jerónimo (De Scriptor Ecclesiast.) lo arriba ya dicho, a saber: que al pedir cualquier obra de Tertuliano repetía una y otra vez: *dadme acá a mi maestro.*

Pues el testimonio de S. Agustín convence y es patentísimo. Calificando los errores del Presbítero apologista famoso de la Iglesia de Cartago, desechó y excluyó tantos atribuídos que llegó a decir no poder llamarle hereje y solamente lo fué al pasarse a los katafrigas, paso que le mereció la condenación del Papa San Ceferino. Pero nótese mucho y con el mayor cuidado que tanto la calificación del Santo Doctor de Hipona, como la censura del Sumo Pontífice, tuvo por causa *única y exclusiva* la adhesión a los katafrigas, enemigos de las segundas nupcias, error anatematizado por la Iglesia; pero idea simpática a la exagerada castidad de Tertuliano. De quien escribió San

Agustín: "Por eso fué hereje Tertuliano, pasándose a las katafrigas y reprobando con ellos las segundas bodas, a quien antes había combatido..." Por la misma causa le condenó el dicho Papa con estas palabras: "Anatematizamos a Tertuliano por seguir a los katafrigas." De modo que el sabio doctor y el referido Papa le condenan sólo por katafrigista. Pues dejó de serlo como San Agustín (l. de Haeraes, 86) nos enseña: *Postmodum etiam Tertulianus a Katafrigis divisus est.*

XXI

Parece que sí. Muchos libros escribió este sabio apologista, siempre creyendo defender la verdad, y por lo mismo, y sin duda siempre de buena fe.

Porque si bien es cierto haberse pasado al Montanismo, también lo es haberle considerado amor de lo que él mismo amaba y prefería, esto es, la penitencia, la oración, los ayunos, la pureza de alma y cuerpo, el recogimiento, la mortificación y las abstinencias de todo género. Tal vió Tertuliano, y tal vieron todos durante diez años, y hasta el Papa Aniceto. Y cuando fué condenado en los katafrigas, se apartó de ellos, de quienes formaba parte, por enemigos de las segundas nupcias, que la Santa Madre Iglesia admite, y defendió siempre.

Pues bien: "El último escrito de su mano fué el libro combatiendo las torcidas doctrinas

del hereje Valentino. Fijense mucho los sabios en sus páginas, y con razón; porque siendo el último, había de rastrearse allí el postrer sentimiento suyo, en orden a la integridad de la fe católica. No se engañaron, porque en el sobredicho libro ofrece su africano y sabio autor una protesta de fe, que claramente y sin pretenderlo, le presenta vuelto al verdadero y divino redil. Dice allí que sus deseos son siempre andar los caminos de San Justino y San Ireneo, tenidos siempre, y por toda la Iglesia, como escritores de todo, en todo católicos. He ahí sus mismas palabras: "No fingimos materias para argüir, sino que impugnamos lo que descubrieron y rechazaron con escritos doctísimos muchos varones insignes, sobresalientes en doctrina, virtudes y santidad, los cuales fueron no solamente antecesores nuestros, sino contemporáneos de los mismos heresiarcas, como, por ejemplo, Justino, mártir y filósofo, y Miltiades, el gran argumentador en defensa de las Iglesias; Ireneo, famosísimo analizador de todas las doctrinas; Próculo, honor de la elocuencia cristiana, que vivió hasta muy avanzada edad en continencia virginal, a los cuales, tanto en todos los artículos pertenecientes a la fe, como en este que disputamos "deseo siempre seguir".

Los señores victoriosos en el
o. i. i. Todos estos maestros, sabios profundos, que quiere imitar y seguir nuestro presbítero apolo- gista de Cartago, son católicos insignes, no montanistas, sino todo lo contrario; entre ellos

propone uno "confutador acérrimo de la herejía de Montano,, y de entrambas féminas, Priscila y Maximila. Este Maestro sabio fué Miltiades, apellidado entonces, y con San Jerónimo, "el Argumentador de las Iglesias,,. Al Emperador Cómodo, en defensa de la verdad cristiana, dirigió contundente apología, confundiendo con grande erudición a los idólatras; pulverizó, además, las hipócritas y falsas penitencias de la familia montanista. No podía, pues, serlo Tertuliano cuando lo ofrece a los ojos como maestro y guía a quien desea y quiere imitar y seguir. Tampoco es preciso traer aquí la historia y vida del otro santo y sabio Ireneo, cuyas obras, ejemplo y doctrina intenta asimismo Tertuliano seguir, como él mismo declara en su postrer libro contra Valentino, y notorio es al mundo entero no ser ni jamás haber sido San Ireneo de la escuela de Montano.

Ofrécelo la historia como Santo Padre de mucho saber y peso, cuya autoridad reconoce hoy mismo el mundo sabio. Cinco obras escribió contra los herejes y el agonizante paganismo. "Explorador excelente de las doctrinas le llama el mismo Tertuliano,,. De sus cinco libros, los dos postreros los compuso contra Valentino, precisamente contra el mismo, refutado con gloriosa victoria, en el último escrito de nuestro Tertuliano. San Ireneo fué discípulo de San Policarpo, quien a la vez lo era del apóstol evangelista San Juan; de suerte que la doctrina y los escritos del Presbítero y Santo

Obispo de Lyon eran incompatibles con toda herejía, y por eso, a veces, se sirvió de ellos el mismo Tertuliano.

Pues el Prócuro citado, no con verdad por Baronio (ad ann 203) y Pamelio, no es el Prócuro Santo que desea seguir el africano apologista, ni quiere el defensor del montanismo, año 214. El Prócuro modelo para Tertuliano fué catolicísimo, maestro profundo de la elocuencia latina, amante de la Pureza, y amigo de Valentino; pero no de sus doctrinas.

No se necesita agudeza ni grande perspicacia intelectual para comprender el motivo y la causa de tantos, y quizá para algunos demasiados artículos sobre el famoso Tertuliano. Ni tampoco es preciso repetirlo; pero lo cierto es que si los otros Padres y apologistas de la verdad católica han ofrecido al mundo algún punto evangélico, y por lo mismo verdadero, negado por el protestantismo, el insigne presbítero de Cartago los menciona y defiende como fué visto. La presencia real en la Divina Eucaristía, la confesión auricular, la primacía universal de la Iglesia Romana, el número de los siete Sacramentos, la potestad de la misma iglesia de perdonar pecados, para lanzar censuras, los votos religiosos, el Purgatorio, la veneración de las imágenes, en fin, cuanto niega el protestantismo en orden a la fe cristiana, lo señala, declara y defiende en sus obras Tertuliano, en el segundo siglo del catolicismo, y esto sin pretenderlo.

Por otra parte, también queda arriba insinuado, ser el último libro escrito de su mano el compuesto contra Valentino, así titulado: "Adversus Valentinum,, y es como si dijéramos su testamento, su última voluntad, su postrer sentir. Pues bien; allí dice voluntariamente que en este y en todos los demás escritos suyos quiere asentir, seguir y profesar la fe y doctrina católica de los dichos San Justino, filósofo mártir, de Miltiades, de Próculo y de Irineo, padres todos de lo más íntegro, limpio y santo de nuestra infalible Madre la Iglesia Católica. "Es protesta pública y voluntaria,, que lo ofrece a los fieles y al mundo entero muerto en manos de Dios.

INDICE

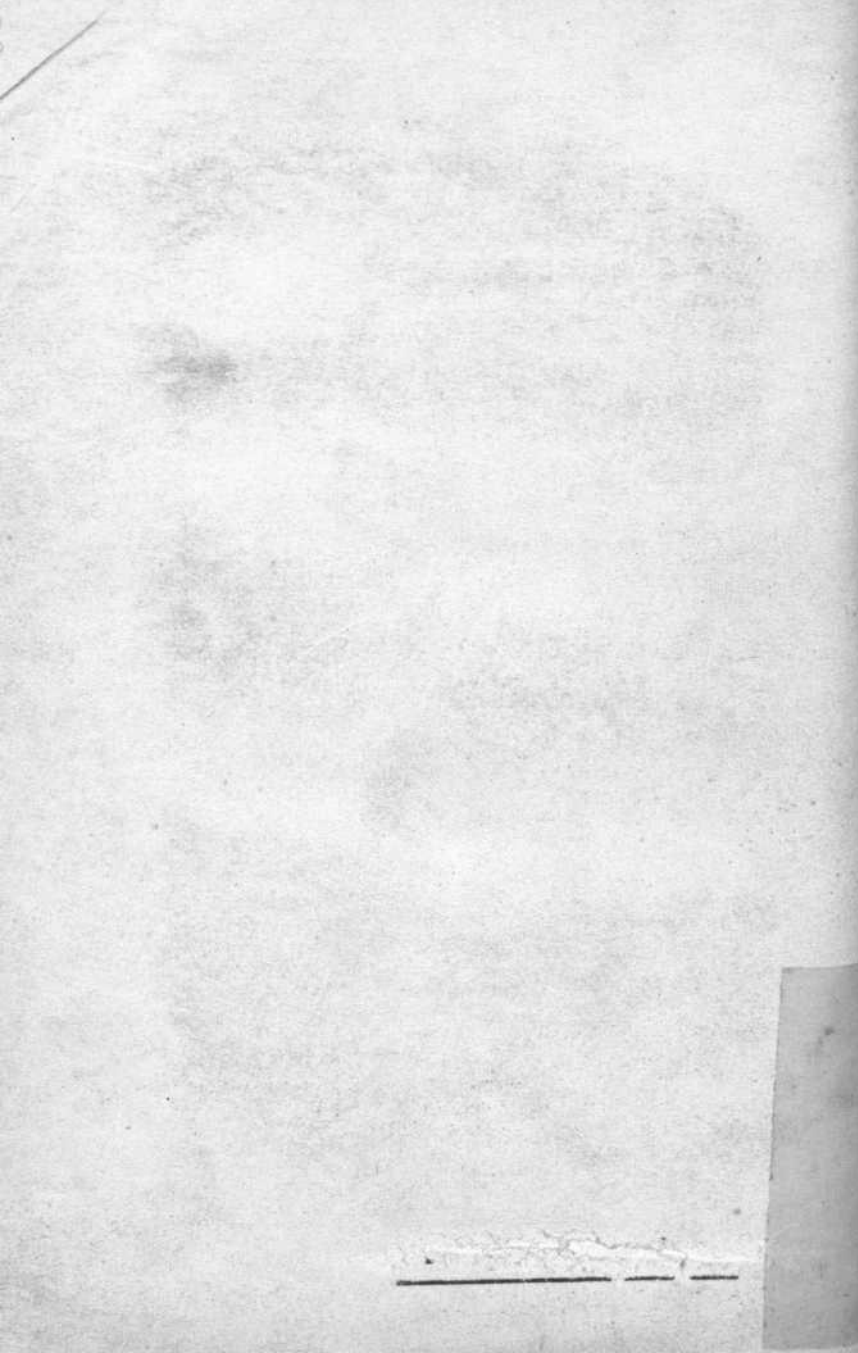
Páginas.

PRÓLOGO.....	v
CAPÍTULO I.—Respuesta a varias calumnias sobre Hacienda contra Felipe II.....	1
CAP. II.—Que todo ciudadano está obligado en casos árduos a ceder parte de sus ha- beres en auxilio al Rey y al reino.....	5
CAP. III.—El Estado sacerdotal y los prés- tamos.....	14
CAP. IV.—Siguen los préstamos.....	24
CAP. V.—Más aún sobre lo mismo.....	34
CAP. VI.—Los Testamentos.....	44
CAP. VII.—Los Documentos de Simancas... ..	54
CAP. VIII.—Más sobre los Documentos de Si- mancas.....	63
CAP. IX.—La pretendida bancarrota.....	72
CAP. X.—Más aún sobre la bancarrota.....	81
CAP. XI.—Más aún sobre la soñada banca- rrota.....	91
CAP. XII.—El mismo punto.....	100
CAP. XIII.—Felipe II y las rentas eclesiás- ticas.....	111
CAP. XIV.—Continúa la Bula de Grego- rio XIII... ..	122
CAP. XV.—Más facultades Pontificias al Rey Felipe II.....	132
CAP. XVI.—Todavía la bancarrota.....	141

DEL MISMO AUTOR

- S. M. el Rey D. Felipe y S. A. el Príncipe D. Carlos: 4 y 6.
- Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II: 5 y 7,50.
- Más luz de verdad histórica sobre Felipe II el prudente y su reinado, con documentos inéditos y descripción novísima de El Escorial: 6 y 8,50.
- Felipe II el prudente rey de España, en relación con las artes y artistas, con ciencias y sabios: 4 y 7.
- De cómo Felipe II no mandó matar a Escobedo: 2 y 4.
- Felipe II el prudente y su política: 2,50 y 4,50.
- Rasgos principales del Cardenal Cisneros.—Más otros sobre la Inquisición con Apéndice vindicativo de Felipe II y las Descalzas Reales de Madrid: 4 y 6.
- La verdad no transige con el error: ni la luz con las tinieblas: 0,60.
- El «Syllabus» de Pío IX con la explicación debida y la defensa científica de la condenación de sus ochenta proposiciones. En tela: 8,50.
-





G 155593

ELIPE III Y LA HACIENDA